



ECOLOGÍA COMO CUIDADO DE LA FAMILIA Y LAS COMUNIDADES FORMATIVAS. RAÍCES Y NATURALEZA

ECOLOGY AS CARE IN FAMILIES AND FORMATIVE COMMUNITIES. ROOTS AND NATURE

<https://doi.org/10.21555/rpp.vi34.2578>

Fernanda Llergo Bay

Rectoría general, Universidad Panamericana, México.

flergo@up.edu.mx

<https://orcid.org/0000-0003-4684-7648>

María del Pilar Alvear García

Autora e investigadora, México.

christa_stahl@hotmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-9722-1739>

Recibido: mayo 5, 2022 – Aceptado: mayo 26, 2022

Resumen

La Ecología pudiera circunscribirse únicamente a la ciencia referente al conocimiento y cuidado del medio ambiente, y de la responsabilidad que los seres humanos tenemos con el resto de la naturaleza. Este escrito propone una mirada distinta: la Ecología –y más concretamente el estudio de la «sociedad arbórea»– como aproximación «natural» a lo que es y debiera ser el conocimiento y cuidado de las comunidades formativas: educativas y especialmente familiares.

Palabras clave: Ecología, naturaleza, comunidad arbórea, comunidad educativa, familia, matrimonio.

Abstract

Ecology could seem only a matter of knowledge and care for the environment, and the responsibility that human beings have with the rest of nature. This paper proposes a different view: Ecology, and more specifically the study of «arboreal society», as a «natural» approach to what the knowledge and care of the formative, educational, and familiar communities is and should be.

Keywords: Ecology, Nature, Arboreal Community, Educational Community, Family, Matrimony.

INTRODUCCIÓN

Para quienes están lejos del núcleo más radical de la labor educativa, pudiera resultar extraño que el tema de las relaciones familiares sea uno de los centros medulares de la labor académica. La impronta familiar es huella indeleble en la relación docente-discente, y la familia es, claramente, savia que sustenta toda actividad pedagógica.

Señalado lo anterior, habrá que añadir que la realidad es siempre sorprendente, de forma que es posible descubrir conexiones en sitios, a primera vista, poco visibles. Así, para enmarcar nuestro escrito, traeremos a la palestra a dos personas que parecieran apartadas del quehacer familiar y educativo y que, sin embargo, nos ayudarán a analizar algunos temas con ojos nuevos. Nos referimos a dos estudiosos de la Ecología.

La primera persona es Suzanne Simard, investigadora científica canadiense, catedrática de Ecología Forestal en la Universidad de la Columbia Británica, quien es actualmente una de las autoras más reconocidas y populares en su área. Es autora de un libro «En busca del árbol madre» (Simard, 2021), catalogado ya como esencial en este campo.

La doctora Suzanne, como muchos ecólogos, busca penetrar en las raíces de la naturaleza para entenderla, describirla, para saber cómo ayudarla y, en consecuencia, ayudarnos. Así, a través de una exhaustiva y seria exploración e investigación de años a cuestras, ha logrado demostrar esto que maravilla como una fábula ancestral: y es que los árboles de un bosque –sin importar su especie¹– se comunican entre sí, se auxilian al saber si alguno de ellos está en condiciones desfavorables y, no solo eso, se avisan frente a los peligros, y en muchas ocasiones retribuyen los nutrientes prestados.

La otra persona a la que nos referiremos es un científico alemán, ingeniero forestal, estudioso también de este tema por más de veinte años. Su nombre es Peter Wohlleben y el libro de que haremos especial mención se titula: «El vínculo secreto entre el hombre y la naturaleza» (2021). En él, reúne muchas de sus investigaciones y narra cómo los árboles aprenden, guardan datos de recuerdos importantes para su sobrevivencia y la de su especie, saben cómo alimentar a árboles que parecieran muertos, crecen en familias, entablan vínculos con otras especies y siempre viven en relación íntima con su entorno.

¿Cómo es esto posible? Esto sucede gracias a que los árboles envían señales eléctricas a través de la red de un material vivo que los une: un tejido subterráneo de micro hongos que guardan relación entre sí, tejido interconectado con las raíces de cada árbol. Así, intercambian carbono, agua, nitrógeno, fósforo, entre otros recursos, pero también comparten información más compleja de manera que configuran un sistema, con distintos tipos de relaciones, que permiten construir verdaderas «sociedades» forestales que impactan en la salud y la biodiversidad de los bosques. En pocas palabras, el fascinante descubrimiento es este: los árboles son seres sociales.

¹ Menciona, por ejemplo, que «El abeto no se quedaba con el carbono del abedul [después de que este se lo “prestara”], sino que se lo devolvía en las estaciones intermedias. Las dos especies habían establecido un sistema alterno de retroalimentación basado en las diferencias de tamaño y en los cambios [...]. Así, habían podían consistir en armonía [...]. Conectados por el entramado de hongos y bacterias, el abedul y el abeto compartían recursos, incluso cuando uno crecía más que el otro y proyectaba sombra sobre él. Gracias a esta alquimia recíproca, ambos seguían estando sanos y siendo productivos» (Simard, p. 33).

Así es cómo surgió la reflexión que vincula la comunidad arbórea y la familia como institución natural: «[...] descubrimos cada vez más, que [...] somos parte de ese sistema maravilloso y que funcionamos bien siguiendo las mismas reglas» (Wohlleben, 2021, p. 12). Eso que resulta asombroso para los científicos y para la comunidad educativa, se refleja ya en mensajes de figuras preponderantes en el panorama global como el papa Francisco, por ejemplo, quien ha realizado una especial reflexión temática de ello en su Carta Encíclica «Laudato Si'» (2015): «[...] una Ecología integral requiere apertura hacia categorías que trascienden el lenguaje de las Matemáticas o de la Biología, y nos conectan con la esencia de lo humano» (n. 11); escrito donde también cita una frase significativa de Benedicto XVI: «[...] el libro de la naturaleza es uno e indivisible» (n. 6). En otro renglón, el doctor en Derecho Matrimonial, Cristian Conen, en su libro «Ecología de la familia» (2018), señala:

El término ecología significa «conocimiento» y «cuidado de la casa». Hasta ahora se ha reducido el concepto al conocimiento y cuidado de la casa física: el planeta (aire, agua, fauna, flora, residuos, ruidos). Sin embargo, es tiempo de extender el significado de la ecología a la protección del ambiente humano óptimo para las personas (p. 8).

Todos tenemos claro –cada vez más–, que la naturaleza depende de nosotros, tanto como nosotros de ella. Y, de hecho, el término Ecología refiere, en vocablo originario, a la «Ciencia que estudia los seres vivos como habitantes de un medio, y las relaciones que mantienen entre sí y con el propio medio» (Real Academia Española, s.f., definición). Pero la correspondencia inversa, donde es la naturaleza y concretamente los árboles en sociedad, los que expresan el valor natural de lo que es la familia o las relaciones comunitarias, nos parece que pudiera resultar no solo pertinente, sino también volverse un acercamiento original y hasta ameno.

LOS «ÁRBOLES MADRE» Y EL LENGUAJE INCLUYENTE

En el «Diccionario de la Lengua Española», las primeras acepciones de la palabra *familia* señalan: «Grupo de personas emparentadas entre sí que viven juntas» y «Conjunto de ascendientes, descendientes, colaterales y afines de un linaje» (Real Academia Española, s.f., definiciones). En estas descripciones, nada apunta a un movimiento natural del ser humano hacia la unidad, hacia la búsqueda instintiva y social, de educación, realización y plenitud personales. En estas acepciones no existe ningún indicio, digamos «orgánico», en ese sentido. Por ello, estas definiciones parecen vacías, sin verdadero contenido nuclear de lo que es una familia.

Frente a la mera definición de diccionario, el inglés Gilbert Keith Chesterton (2007), lanza una verdadera proclama que parece no solo audaz, sino increíblemente certera:

[...] La aventura suprema es nacer. Al hacerlo, entramos de pronto en una trampa espléndida y desconcertante. Al hacerlo, vemos algo con lo que no habíamos soñado. Nuestros padres están ahí, al acecho, y se lanzan sobre nosotros, como bandoleros ocultos tras unos arbustos. Nuestro tío es una sorpresa. Nuestra tía surge de la nada. Cuando, mediante el acto de nacer, entramos en la familia, entramos en un mundo incalculable, en un mundo que cuenta con sus propias leyes, en un mundo que podría seguir existiendo sin nosotros, en un mundo que no hemos construido nosotros. En otras palabras, cuando entramos en la familia, lo hacemos en un cuento de hadas (pp. 158-159).

Estas ideas son un claro reflejo de experiencias que pueden vivirse en un ambiente realmente familiar: la cercanía, la sorpresa, el descubrimiento... Surge entonces el repetido

enunciado: «No es bueno que el hombre esté solo» (Nácar-Colunga, 1985, Génesis 2:18), frase que expresa toda la concepción antropológica esencial –no solo cristiana– de la vida llamada a la plenitud. La frase es de índole meramente originaria y radical, y retrata la naturaleza misma de la persona. «No es bueno» indica no solo que no sea práctico, que no sea viable como modo de existir, que no sea deseable o, incluso, que no sea útil.

«No es bueno» hace referencia a que no «hace» bien; es decir, no procura el crecimiento intrínseco, el florecimiento del ser humano. La soledad es la no-pertenencia, el desarraigo de todo lo personal en el individuo; lo indicaba el padre del personalismo Martin Buber (1949): «Únicamente cuando el individuo reconozca al otro en toda su alteridad como se reconoce a sí mismo, como hombre, y marche desde este reconocimiento a penetrar en el otro, habrá quebrantado su soledad en un encuentro riguroso y transformador» (p. 145).

La familia, volviendo a nuestro lenguaje de ecólogos, es el *humus* verdadero donde crece y prospera la persona. Suzanne Simard (2021) narra en su libro, cómo la red –subterránea y fúngica– abarca la totalidad del bosque y cómo el sustento de toda esta constelación de vida, transmitida a través de señales químicas, tiene su fuente en los árboles más antiguos a los que nombra «árboles madre» y que nos permiten evidenciar lo que, en su sentido más literal, es naturalmente una familia:

Los árboles más antiguos pueden detectar los retoños de su misma especie. [...] Solo esto debería bastar para hacer que nos detuviéramos, respirásemos hondo y reflexionásemos acerca de la naturaleza social del bosque y de la importancia crucial que esto tiene para la evolución. [...] Los árboles más antiguos cuidan a los jóvenes y les proporcionan alimento y agua, tal y como nosotros hacemos con nuestros hijos. [...] Y aún más: los árboles más antiguos cuidan de sus hijos. Son «Árboles Madre».

Cuando los Árboles Madre, los majestuosos centros de comunicaciones, protección y sensibilidad de los bosques, mueren, transmiten su sabiduría a los suyos y, generación tras generación, comparten el conocimiento de lo que ayuda y de lo que perjudica, de quién es amigo o enemigo, de cómo adaptarse y sobrevivir en un paisaje en constante cambio. Es lo que hacen todos los padres (pp. 15 y 16).

Así, en un nivel meramente biológico, es posible observar este hecho indudable de historia natural: todo aquello que vive, sobrevive y prospera, solo se entiende en comunidad. Mientras más cuidadosa, sólida, activa y rápida para reaccionar sea ella, más dinámico, pleno y fuerte será su integrante.

En nuestro ejemplo arbóreo, la vida de esta recién descubierta «sociedad» se avoca al cuidado y protección de lo valioso y frágil, tanto de aquello que brota, como de aquello que va desapareciendo. Esta hora de auge holístico que vive nuestra sociedad occidental, debiera ser –para quienes apostamos por la dignidad humana, desde la concepción hasta la muerte– una oportunidad nueva, que nos facilite incluir las nociones de vida en toda su radicalidad. Si logramos trasladar este asombro natural y maravilloso por atender el pulso de la vida en cualquier circunstancia que esta se exprese, sería un gran logro facilitar entre nosotros un lenguaje verdaderamente incluyente.

Ahora, hagamos referencia al singular momento por el que atravesamos. La COVID y sus nuevas variantes dieron –siguen dando y darán– un vuelco a nuestro planeta de más de 500 millones de kilómetros cuadrados. Haciendo a un lado la crisis en el sector sanitario mundial, sabemos que la pandemia puso en jaque, como nunca antes, nuestras formas de vivir y convivir, obligándonos a reflexionar sobre aspectos decisivos en nuestra cultura: la sostenibilidad del modelo económico, la globalización, las estructuras sociales

y el papel que cada uno juega al transformar el mundo. Estamos, como humanidad, ante un marco existencial muy particular y, ciertamente, desafiante.

Los escasos o abundantes recursos personales y familiares han salido a la luz durante esta emergencia sanitaria. Los números están ahí: la UNICEF señala que «[...] al menos uno de cada siete niños y jóvenes vivió confinado en su hogar durante gran parte de 2020 y, como consecuencia, sufrió ansiedad, depresión y aislamiento» (UNICEF, 2021). La pandemia ha afectado claramente a todos, pero una investigación de la APA (American Psychological Association, 2020) concluyó, por ejemplo, que los padres con niños menores en casa, estaban más estresados que los que no eran padres.

El crecimiento en las tasas de suicidio en adolescentes ha sido también, desgraciadamente, una sombra más de la pandemia. En México, en concreto, la Secretaría de Gobernación reportó un aumento del 24 por ciento en lo referente a violencia familiar en el primer semestre del año pasado (2021), en contraposición al último semestre del año anterior (2020); y un alarmante 12 por ciento de incremento de suicidios infantiles de diferencia, entre este año y el anterior (Sáenz Guzmán, 2021). Es triste subrayar que se trata, únicamente, de casos registrados.

Como todos sabemos, pues, durante la pandemia no todo ha sido, ni mucho menos, miel sobre hojuelas para la familia. La convivencia forzosa debida a las medidas de aislamiento, la suspensión de actividades y la recomendación de permanecer en los hogares, han contribuido a reforzar, enriquecer, deteriorar o romper las dinámicas familiares.

En este tiempo se han descubierto muchos desiertos –es verdad–, pero también se han gestado muchas historias de enorme florecimiento. Los inviernos duros abrazan la semilla de las primaveras. No hay que olvidarlo.

LA AMISTAD DE ADÁN Y DE ARISTÓTELES

La familia, nuestro tema central, es un organismo natural que ha sido dañado íntimamente por una cultura individualista.

El matrimonio, humanamente considerado, descansa sobre un hecho de la naturaleza humana que podríamos llamar un hecho de historia natural. La educación es un cultivo complejo y de muchas facetas para hacer frente a un mundo igualmente complejo (Chesterton, 1994, p. 52).

Dentro de esta esencia de la familia, asentada en su causa originaria, es interesante constatar cómo es el propio ecosistema –regresando a lo que ahora sabemos sobre la sociedad arbórea, por ejemplo– el que nos recuerda de qué manera puede sobrevivir gracias a que su naturaleza misma desprende solidaridad.

En contraparte, las teorías meramente individualistas, poseen como punto neurálgico al individuo y sus derechos; entes particulares unidos artificialmente en busca de un contrato social que les permite y obliga a compartir su vida, o bien –en una modalidad muy siglo XXI– a unirse contra algo que afecta esa individualidad: ahí está el muy actual pensamiento *wake* que, en su postura más extrema, radicaliza la corrección política y el pensamiento fundamentalista único, por ejemplo (McGrath, 2021). Ello contradice nuestra antropología esencial y aquella cita que repasamos según la cual «No es bueno que el hombre esté solo». Para hacer mayor hincapié, subrayaremos la correspondencia con la antropología grecolatina que tiene su origen en la comunidad.

Aristóteles mencionaba ya al *zôon politokon* –el animal político–, creciendo y conviviendo con otros en la *polis* (cfr. Pol. I, 1, 1253 a 14-18). Pero asentarnos únicamente ahí, nos igualaría, por ejemplo, a un buen bosque o a una colmena eficiente que prosperan gracias a ese nivel de convivencia solidaria. No es así.

[...] para el filósofo estagirita, lo que hace al hombre un ser social –más que cualquier otro–, pero sobre todo un ser político, es evidente: el hombre es el único animal que tiene *lógos* (palabra o discurso), a través del cual puede expresar el sentido de lo justo y lo injusto, de lo conveniente y lo inconveniente; sentidos que, de ser compartidos, constituyen y soportan la *polis*.

Teniendo en cuenta lo anterior, se puede decir que la comunicación no solo es tan antigua como la política, sino que, además, es consustancial a ella (Rodríguez Restrepo, 2016, p. 7).

El *zôon logicon* hace referencia a algo más profundo y definitorio del ser humano que el *zôon politokon*, porque se dilata mucho más allá que la simple y requerida convivencia solidaria para sobrevivir. *Lógos*, *logicon* quiere decir «discurso que da razón de las cosas» (Real Academia Española, s.f., definición). El hombre no solo se expresa en términos de placer o dolor, es decir, de mera sobrevivencia natural instintiva. Es un ser al que le es posible discutir, ofrecer un discurso, reflexionar, recapacitar, crear. Hablar, en la persona, se traduce en conversar.

Si regresamos a la antropología cristiana, refiriéndonos al libro del «Génesis», Adán –antes de la creación de Eva– «cataloga» a las criaturas al modo de los científicos o los filósofos. Pues «catálogo» proviene del griego *katálogos* que se traduce como «enlistar», «registrar» (Real Academia Española, s.f., definición)

Seamos creyentes o no, es hermoso cómo en el relato bíblico se señala que, al asignar categorías, se ratifica el dominio sobre las cosas; por eso, Adán mismo comprende que no existe una compañía adecuada para él: no tiene una compañía «igual» a sí mismo. El profundo sueño en que Dios hace caer a Adán para tomar de él su costilla, señala la igualdad con que la mujer fue creada. Ella no es «otro»: ella es su «sí mismo».

Lo que ocurre aquí es «encuentro» en el sentido esencial de la palabra. El hombre llega ante el animal, observa, comprende y nombra. Para el modo de ver primitivo, el nombre representa lo nombrado mismo, en la apertura de la palabra: por tanto, cuando el hombre nombra, capta su esencia en la palabra, y de ese modo asume la cosa en la trabazón de su lenguaje, en la ordenación de su propia existencia. Así nombra el hombre a los animales, y se echa de ver que no serían para él ninguna «ayuda» que pudiera hacer capaz de vivir al solitario (Guardini, 1960, p. 17).

La alegría de Adán es inmensa; sus palabras, cantan: «Esto sí que ya es hueso de mis huesos y carne de mi carne» (Nácar-Colunga, 1985, Génesis 2:23). Es su compañía de vida, de andares. Esa «carne de la carne» habla, desde luego, de una forma fundamental de amor sexual, pero la carne en el relato bíblico significa la centralidad de la persona, simboliza el «yo». Esta unión requiere amistad, conversación, armonía de miras y propósitos. Y aquí encontramos también correspondencia aristotélica: la amistad auténtica, el amor, solo es posible en la semejanza. Por ello, el matrimonio es la amistad más plena.

No se trata ya de mi sobrevivencia, de mi cuidado propio, sino de resguardar y dilatar mi vivencia a través tuyo. Mi «yo» como eje de sobrevivencia comunitaria –actitud y pensamiento típico de la infancia o de comunidades faltas de madurez– no es el centro: el «nosotros» es, ahora, el hogar que cobija mis intereses por completo, porque mi interés y destino son los tuyos y los tuyos los míos. Y esa amistad que literalmente se entreteje de carne, da

como fruto una familia. Por esto, la familia es –debe ser– siempre y en su núcleo más radical, una comunidad que conversa.

Cada vez que, en nuestra sociedad, el individuo clama –porque así se le ha enseñado– por «derechos» superiores a su comunidad familiar, el orden natural se descompone, se hace pequeño y mezquino, pierde brújula y sentido, porque es en la familia donde lo heroico aprende a ser humilde, donde lo memorable es acción cotidiana; el sitio naturalmente diseñado donde el ser humano se configura como persona.

Conocemos la fuerza que los amores familiares tienen para sacar lo mejor de las personas. [...] Los padres normales se sacrifican con gran naturalidad sin pensar que hacen nada extraordinario. Y es frecuente que esto exija heroísmo. [...] Así, con las responsabilidades de la familia y el trabajo, se forjan personalidades humanas de gran nobleza. Y esto es relativamente normal. Tan normal que, a veces, no se aprecia la calidad que tiene ni se le protege suficientemente.

[...] El amor auténtico a los hijos o al cónyuge, hace generosas a las personas, les ayuda a vencer su egoísmo connatural, les hace más capaces de pensar en los demás. Y, en definitiva, les hace más honradas, más capaces para responder a lo que la vida les pide. Con la fuerza del amor se acostumbran a poner lo que deben por encima de lo que les apetece o conviene personalmente. Y este ejercicio sirve para todo (Lorda, 2011, pp. 203 y 204).

En la familia, el otro posibilita la plenitud de mi existencia humana. El lugar exacto donde nace la convivencia natural, armónica y esforzada –porque la convivencia no es nunca ejercicio fácil–, no es el individuo, sino que es y siempre será la familia: la familia que, por esencia, conversa. Sobrevivimos al convivir, pero vivimos al conversar.

LA VIDA COMO ENCUENTRO QUE SE CONVERSA

Eso, ¿qué significa? ¿A dónde nos conduce? Que conversar en un matrimonio, en una familia, en una auténtica comunidad educativa, en una organización verdadera, debiera ser tan natural e indispensable como respirar.

El verdadero encuentro posibilita la conversación: el volvernos y ser compañía. Hablar no es lo mismo que conversar. Conversar requiere poner atención, empatizar. Solo conversando puede nacer la confianza, el trato íntimo. Conversar tiene su origen en la palabra *conversare* que implica dirigirse con alguien hacia algún sitio; es decir, conversar es «caminar con».

La conversación conduce siempre a un camino. La palabra, según la Real Academia Española, tiene una sutil definición –ya en desuso– y es: «Vivir, habitar en compañía de otros» (Real Academia Española, s.f., definición). Es, entonces, recorrer juntos tramos de vida. Caminar es andar con otro; transitar y trascender los días en compañía. Caminar merece recorrer conjuntamente; y, al recorrer los días –juntos–, la vida se configura en hogar. Conversar es convivir.

El camino conjunto requiere ajustar pasos, ajustar tiempos, ajustar la propia personalidad. Y eso supone la empatía como implicación en los pasos de aquel con quien se camina. La empatía es cercanía, resulta del compromiso por involucrarse entrañablemente –sí: de «entrañas»; de mi «yo» más «yo»– con el otro. La empatía es respuesta que quiere resolverse desde una pregunta primigenia: ¿quién eres tú? En una relación, ese es el cuestionamiento que importa. La pregunta que ansía respuesta. La palabra que se vuelve persona. La empatía es pensar *desde* el otro.

Hablar es un acto que puede llevarse a cabo casi de cualquier manera: de forma ligera, breve, rápida, sin conocimiento, sin afinidad, sin empatía... Conversar, en cambio, pide construir un espacio. El diccionario sigue apuntando nuestra idea: la conversación es también, en una acepción también en desuso, «habitación o morada» (Real Academia Española, s.f., definición). Es fácil distinguir cómo esta habitación o morada –donde se custodia lo más íntimo de la persona– precisa ser un hogar. Por ello, también, en un hogar auténtico o en una verdadera comunidad docente, no solo se instruye: se educa; no solo se informa, se dialoga; no solo se muestra, se descubre; no solo se habla, se conversa; no solo se reúne, se encuentra. Lo propio de un hogar, de una escuela, de una formación personal, de una comunidad, de una institución educativa es, pues, la conversación.

Volvamos a nuestro color inicial: el ecológico verde. ¿Por qué es factible que una comunidad arbórea o un «árbol madre» encauce la ayuda para proteger a un árbol o a una especie, en caso de necesidad?

Para asegurar la rápida propagación de los avisos, en la mayor parte de los casos, se intercalan hongos. Estos actúan como la fibra de vidrio de las conducciones de Internet. Los finos filamentos atraviesan el suelo y lo entretejen con una densidad prácticamente impensable. [...] A través de sus conducciones, pasa la información de un árbol a otro y, de esta manera, les ayudan a agilizar el paso de información sobre insectos, sequías y otros peligros. Entre tanto, la ciencia habla incluso de una «Wood-Wide-Web», la cual atraviesa nuestros bosques (Wohlleben, 2016, p. 18).

En paralelo a nuestro ejemplo verde, la conversación es el entramado que sostiene nuestras relaciones cercanas y verdaderas. Gracias a la conversación es posible detectar no solo las carencias de alguien, sus precariedades, sino también sus fortalezas y singularidades.

Conversar es reparar en la singularidad del otro: es por eso que le hacemos espacio, porque la conversación misma, su esencia, lo demanda. Y en esta época donde se exige prontitud, resultados y multitareas, los encuentros debieran traducirse en un sitio, casi diríamos, «lento»: la morada donde las cosas pueden tener tiempos prolongados de siembra, de crecimiento, de cosecha, de fracturas, de recuperación, de resurrecciones... La conversación es puerta de la amistad cordial y benevolente, donde la intimidad es viable. Y no hay nada más íntimo que sentirse en casa, saberse parte esencial de un hogar.

En muchas ocasiones, por muy bienintencionadas que sean nuestros razonamientos, conferencias, sesiones –sin importar si se trata de unos amigos, un matrimonio, unos hijos, una familia, los alumnos en un aula–, podemos perdernos de la verdadera conversación, por estar centrados solo en comunicar una idea, buscar un resultado o pretender llegar a conclusiones prácticas que aterricen objetivos, misiones, metas, calendarios.

La buena conversación es encuentro. Es voluntad compartida de ser entendido y de entender al contertulio. Es inteligencia que indaga, expone, compara, contrasta. Es ejercicio del orden en la expresión de las ideas y es –cosa esencial y de oceánica belleza e importancia– guardar silencio y disponer los oídos para percibir las notas y vocablos expresados por quien nos quiere compartir unas ideas. ¡Qué importante la actitud de quien escucha con atención, con respeto, con vocación genuina de captar las sutilezas del relato del otro!

En la conversación auténtica, sí que es cierto aquello de la realidad en la afirmación de la condición personal del otro: la alteridad. El otro, sujeto esencialmente igual a todos en su condición de unidad corpóreo-espiritual, nos relata y participa de sus experiencias, expone sus creencias, comparte sus incertidumbres... Quien escucha cuidadosamente, con paciencia y con respeto –noble ejercicio, difícil de llevar a la práctica–, permite que suceda una espontánea catarsis que cada ser humano necesita; el hombre, ser humano, ser para el encuentro con los otros, es también curado por la palabra (Gómez Fajardo, 2017).

El encuentro que culmina en conversación es, pues, el tejido vivo que enraíza (para insistir en las raíces y la red fúngica), soporta y custodia, nada más y nada menos, que el crecimiento digno de la persona y de la comunidad en su más profunda peculiaridad.

Los encuentros, con uno mismo y con los otros, rara vez son sencillos. Pero solo a través del encuentro es que podemos ser, por una parte, más plenamente nosotros y, por otra, colaborar a que los otros también puedan ser más ellos. «[...] Sólo en el encuentro continuo con otras personas, llega la persona a ser persona y sigue siéndolo» (Tillich, 1952, p. 91).

El encuentro es siempre una labor educativa, porque parte de la conciencia de que nos necesitamos; brota, entonces, de las heridas: de la incurable debilidad, íntimamente humana.

De hecho, con la virtualidad –que tantísimos beneficios tiene y que fue un genuino salvavidas durante la pandemia, y que será ya parte imprescindible de la vida post-COVID–, debemos analizar en nuestras organizaciones educativas, el cuidado personal a favor de la cercanía. Esta es una condición no negociable en nuestras comunidades y asociaciones.

«El aleteo de una mariposa puede provocar un Tsunami al otro lado del mundo», afirma el proverbio chino. Estamos todos conectados y nuestras acciones tienen peso, por minúsculas que sean. Todo tiene que ver con todo. Nuestra vida ordinaria trasciende, en un sentido o en otro. Cada persona experimenta cielos y tierra en sí misma, y entre ella y el mundo. El encuentro es un acto continuo de memoria que nos recuerda que vivimos a la intemperie y que, es por eso, que debemos ampararnos y ofrecernos mutuo cobijo.

EL MATRIMONIO, RECINTO DE «CORDIALIDAD»

Volvamos más cercana esta conversación a la que nos hemos referido. Hagámosla todavía más íntima para asomar nuestra mirada al corazón de la familia. Y acercándonos, casi microscópicamente a la conversación primigenia de una familia, nos encontramos con el matrimonio como corazón.

La Real Academia nos indica que la palabra cordialidad proviene del latín *cor, cordis* que se traduce como «corazón», «esfuerzo», «ánimo», «que tiene virtud para fortalecer el corazón» (Real Academia Española, s.f., definición). Y estas ideas son esenciales –todos lo sabemos–, para el sendero que recorre, día a día, un matrimonio. No hay forma que la familia sea, ciertamente, escuela de humanidad, si en los altibajos cotidianos, personales y familiares, el amor no se reviste de ánimo cordial, que así podríamos traducir, también, a la amabilidad, tan necesaria para la buena convivencia.

La amabilidad que manifestamos a los demás es consecuencia del amor que les tenemos. [...] no es del todo correcto afirmar que la amabilidad es una peculiaridad de unos cuantos; en cambio, sí lo es que la amabilidad es un objetivo a alcanzar por todos. [...] De quien es dueña la persona humana en primer lugar es de sí misma; es aquí donde está su verdadera grandeza.

[...] Instalarse en la amabilidad es haberse dado cuenta de lo que es el hombre, porque éste no necesita otra cosa que cariño [...]. La amabilidad es fruto de la virtud, del esfuerzo por dar a otros, lo mejor de nosotros mismos (Martí García, 2001, pp. 88 y 89).

Pareciera pertinente, en este contexto, recurrir también a dos acepciones de «cordialidad» que el diccionario nos recuerda: «Que tiene virtud para fortalecer el corazón» y «Bebida que

se da a los enfermos, compuesta de varios ingredientes propios para confortarlos» (Real Academia Española, s.f., definición). El «cordial» era, en la Inglaterra de finales del siglo XV, un remedio que utilizaban asiduamente los médicos como tratamiento para consolar a los enfermos, y se les prescribía en pequeñas dosis para vigorizar y revitalizar el corazón, el cuerpo y el espíritu, así como para atenuar los síntomas de ciertas enfermedades (Morton, 2004, p. 91).

Y, si lo analizamos, el remedio más eficaz para una persona lastimada es la cordialidad. La persona se sabe acogida en su fragilidad, gracias a que estamos a su disposición, simplemente porque ella *es* ella. En el hogar auténtico, la persona –a diferencia de cualquier otra comunidad– no es recibida gracias a que posee tal o cual virtud, tal o cual interés o cualidad. El hogar es el único recinto donde la persona es acogida simplemente porque ella *es*.

La primera estructura fundamental a favor de la «ecología humana» es la familia, en cuyo seno el hombre recibe las primeras nociones sobre la verdad y el bien; aprende qué quiere decir amar y ser amado, y por consiguiente qué quiere decir en concreto ser una persona (Juan Pablo II, 1991, pp. 38-39).

Por esto, la familia es el lugar por excelencia donde la cordialidad debiera respirarse. Convendría estar muy atentos –casi permanentemente atentos– a fomentar y hacer crecer una cultura de cordialidad en nuestras familias. Los actos simples de cordialidad entre los esposos, dejan huella de cariño indeleble en los hijos, y no solo en ellos, también en el círculo familiar, de amistad, escolar, social de la familia:

Sabemos que la influencia en las personas y sus familias, así como en sus grupos comunitarios voluntarios, valiéndonos de las relaciones estrictamente personales, de amistad y de confianza [cordial], es mucho más lenta que la transformación de las grandes masas. Es más lenta, pero sin duda más efectiva (Llano, 1999, p. 98).

Así pues, las relaciones matrimoniales y familiares deben ser esas pequeñas dosis que vigorizan y revitalizan corazones. La cordialidad es siempre puente frente a personalidades y puntos de vista divergentes; es terreno fértil para el encuentro que genera vida en un matrimonio, en una familia, en una comunidad educativa.

CUESTIONARNOS, EL ORIGEN SILENCIOSO DE TODO CRECIMIENTO

Las familias y las comunidades están hechas para crecer y multiplicarse. Y para ello se requieren multitud de elementos, de procesos, de principios, de esfuerzos, de valores... En el caso de nuestro ejemplo de «sociedad arbórea», los árboles madre deben estar sumamente atentos a cualquier signo que delate una deficiencia o una carencia; solo así podrán suministrar lo que se requiere para cuidar mejor, y al cuidar mejor, es como protegen y prosperan como unidad y como sociedad. Peter Wohlleben (2016) indica que:

[...] el intercambio de nutrientes, la ayuda vecinal en caso de necesidad, es claramente la norma [...]. Así pues, cada árbol es importante para la comunidad y vale la pena mantenerlo tanto tiempo como sea posible. Por lo tanto, se protege incluso a los ejemplares enfermos y se les proporcionan nutrientes hasta que están mejor. La próxima vez puede ser al revés y el que ahora presta ayuda puede necesitarla más adelante. [...] Se trata más del grado de unión o incluso de afinidad lo que determina la disposición para ayudar a los congéneres (pp. 12-14).

¿Por qué traemos a colación esta comunicación tan particular entre los árboles? Porque en un sentido muy claro –y como lo leemos, un sentido hondamente natural–, para crecer hay que tener presentes dos nociones: el saber que todos requerimos de ayuda y, por esto mismo, que somos seres afines, por más lejano que nos parezca el otro; y la otra noción está ligada al silencio que cuida y también cuestiona, porque no existe comunicación que facilite el crecimiento si no creamos espacios para las preguntas esenciales sobre lo que es la vida y el diseño de la propia identidad, ya sea personal o comunitaria.

La afinidad en la ayuda, que permite el crecimiento en el caso de las personas, proviene de una actitud humilde: la de saberme yo mismo necesitado. No hay forma de crecer –ya no digamos de dialogar o conversar profundamente– desde una postura autosuficiente. Sin la humildad de escuchar y escucharnos, de cuestionarnos, de mirar nuestra fragilidad compartida, será imposible avanzar.

La perspectiva individualista que mencionábamos anteriormente, y que posee como punto neurálgico al individuo y sus derechos, nos ayuda a «cosificar» todo lo que nos rodea –incluidas desde luego las personas–, porque desde esta concepción antropológica, el fundamento de toda realidad es únicamente el individuo; por eso es fácil entender que muchas veces nos encontramos frente a sociedades, comunidades y personas inmaduras, superficiales.

Una persona [una comunidad] *dialogante* es una persona [una comunidad] madura [...]. No dialoga quien no escucha ni atiende a las razones del otro. [...] Desde el verdadero respeto a quienes son nuestros interlocutores, es posible tomar las opiniones ajenas en serio. [...]

En el fondo es una cuestión de desconfianza intelectual frente a los demás (a los que se les considera inferiores a uno mismo). Y la realidad es muy otra, porque siempre podemos aprender de los otros. [...] *Al diálogo se llega desde la ignorancia reconocida* (Martí García, 2001, p. 87).

Cuando, en una actitud reflexiva –que es silencio meditado–, me reconozco como ignorante y frágil, es que puedo estar en posibilidad de ver al otro como mi igual e intimar con él, independientemente de que, en un primer momento, no me hubiese identificado con su presencia. Las preguntas importantes van siempre en el tenor de que somos personas, con toda la valía y fragilidad que esto conlleva, y de que el mundo es (debe ser) hogar, porque en él hemos descubierto –gracias a un silencio que enlaza respuestas– que todos somos uno.

Al reconocer, socráticamente, que «solo sé que no sé nada» (Platón, Apología de Sócrates, 21d) es que puedo cuestionar, aprender y crecer, como persona. Esto irá esbozando y apuntalando un proyecto vital, una dirección existencial que es respuesta querida –«hogareña»– frente un cuestionamiento serio y esencial de mí mismo, de mi entorno, de mi comunidad, de mi sociedad. De ahí que Chesterton acertara al escribir: «A mí, todo este extraño mundo se me hace hogareño, porque en su corazón hay un hogar» (1994, p. 46).

Una conversación honda, un cuestionamiento sincero, una cordial empatía, *siembra* en la persona, en la familia, en las relaciones importantes, en las comunidades educativas, un sentimiento de bien-estar y una certeza de bien-ser que eso es, a fin de cuentas, saberse y valorarse amado y, por esto, dispuesto por vocación recíproca, a su vez, a amar. Es a lo que se refería, certeramente, Cristian Conen (2018): extender el significado de la Ecología como «protección del ambiente humano óptimo para las personas» (p. 8). Esto es, el «cuidado» de nuestra casa común: real ecología humana.

Amar, lo escribió bella e intuitivamente Octavio Paz, es «[...] hacer un *tú* de una presencia» (1988, p. 167). El encuentro –que es conversación deseada– se traduce, al final, en el movimiento esforzado, tantas veces cotidianamente heroico, de quienes buscan ser y hacer, de su relación, un hogar. ■

Referencias

- American Psychological Association (2020). Stress in the Time of COVID-19. *STRESS IN AMERICA™* 2020. Published. <https://www.apa.org/news/press/releases/stress/2020/stress-in-america-covid.pdf>
- Buber, M. (1949). *¿Qué es el Hombre?* Fondo de Cultura Económica.
- Chesterton, G.K. (1994). *El Amor o la Fuerza del Sino*. Rialp.
- Chesterton, G.K. (2007). *Herejes*. Ediciones El cobre.
- Gómez Fajardo, C. A. (2017, 14 marzo). La Buena Conversación: un Encuentro. *El Mundo*. <http://www.elmundo.com/noticia/La-buena-conversacion-un-encuentro/348300>
- Guardini, Romano (1960). *Verdad y Orden. Homilias Universitarias IV*. Guadarrama.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (s.f.). *Encuesta para la Medición del Impacto COVID-19 en la Educación. (ECOVID-ED)*. https://www.inegi.org.mx/contenidos/investigacion/ecovided/2020/doc/ecovid_ed_2020_presentacion_resultados.pdf
- Lorda, J.L. (2011). *Humanismo. Los Bienes Invisibles*. Rialp.
- Llano Cifuentes, C. (1999). *Viaje al Centro del hombre*. Diana.
- Martí García, M. (2001). *La Madurez*. Ediciones Internacionales Universitarias.
- McGrath, T. (2021). *Mi Pequeño Libro de Activismo Interseccional*. Alianza Editorial.
- Morton, Mark (2004). *Cupboard Love: A Dictionary of Culinary Curiosities*. Insomniac Press.
- Papa Francisco (2015, junio 6). *Carta Encíclica Laudato Si'. Sobre el Cuidado de la Casa Común*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/pa-pa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html
- Papa Juan Pablo II (1991). *Centesimus Annus. La Problemática Social Hoy*. Ediciones Paulinas.
- Paz, O. (1988). *Árbol Adentro*. Seix Barral.
- Platón (2003). *Diálogos. Obra Completa (vol. I)*. Gredos.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (s.f.). Catálogo. En *Diccionario de la Lengua Española*. Recuperado el 6 de junio de 2021, de <https://dle.rae.es/cat%C3%A1logo?m=form>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (s.f.). Conversación. En *Diccionario de la Lengua Española*. Recuperado el 6 de junio de 2022, de <https://dle.rae.es/conversaci%C3%B3n?m=form>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (s.f.). Conversar. En *Diccionario de la Lengua Española*. Recuperado el 6 de junio de 2022, de <https://dle.rae.es/conversar?m=form>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (s.f.). Cultura. En *Diccionario de la Lengua Española*. Recuperado el 6 de junio de 2022, de <https://dle.rae.es/cordial?m=form>

- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (s.f.). Ecología. En *Diccionario de la Lengua Española*. Recuperado el 6 de junio de 2022, de <https://dle.rae.es/ecolog%C3%ADa?m=form>
- Rodríguez Restrepo, Y. (2016). Editorial. *Revista de Estudiantes de Ciencia Política*, 8(enero-junio), 7-8.
- Sáenz Guzmán, C. (2021, 19 agosto). *COVID-19 Violencia Familiar y Suicidio Infantil Incrementaron durante Pandemia: SEGOB*. Gobierno de la Ciudad de México. <https://www.capital21.cdmx.gob.mx/noticias/?p=26043>
- Sansone, R.A., & Sansone, L.A. (2013). Sunshine, Serotonin, and Skin: A Partial Explanation for Seasonal Patterns in Psychopathology? *Innov Clin Neurosci*, 10, 4-20. <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/24062970/>
- Simard, S. (2021). *En Busca del Árbol Madre. Descubre la Sabiduría del Bosque*. Ediciones Paidós.
- UNICEF (2021, 15 marzo). *Los Estragos que la Pandemia de COVID-19 ha Causado a los Niños del Mundo*. <https://www.unicef.org/es/coronavirus/estragos-pandemia-covid19-ha-causado-ninos-mundo>
- Tillich, P. (1952). *The Courage to Be*. Vale University Press.
- Wohlleben, P. (2016). *La Vida Secreta de los Árboles*. Ediciones Obelisco.
- Wohlleben, P. (2021). *El Vínculo Secreto entre el Hombre y la Naturaleza*. Ediciones Obelisco.
- Yoshifumi, M. (2013). *Shinrin-yoku. Baños Curativos de Bosque*. Ediciones Blume.